

nes, fueron tan imperiosas que tanto el rey Isdegerdes como los grandes del reino perdieron la paciencia ante tamaña vergüenza y se expidió una orden real mandando avanzar al ejército. Probablemente esperaba Rustan nuevos contingentes de las milicias de las provincias mas lejanas, y así se explicaría tal vez la de otro modo incomprensible paralización de sus operaciones contra Sa'ad. Pero si al principio había sido perjudicial á las persas no haber querido ver en la invasión de Jalid mas que una de tantas correrías árabes usuales desde antiguo, pensando dominarla con poco esfuerzo, á la sazón les llevó á la perdición el deseo de romper toda resistencia amontonando enormes masas de tropas, porque independientemente de la inseguridad que debía producir la inmixtion de la corte en la dirección de la guerra, la inactividad de Rustan frente á las fuerzas cada día mayores de los árabes aumentaba la confianza de estos. Que precisamente entonces, en el momento del resultado decisivo, llegaran como llegaron las tropas de la Siria, es una de aquellas disposiciones del destino á que hombres y Estados están sometidos sin eleccion ni resistencia.

Eran las mejores fuerzas de dos grandes naciones las que en el año 16 (637) estaban en Kadesía frente á frente (1); de un lado, agrupados en torno de la antigua y gloriosa bandera de piel de leopardo de los Sasanidas, los nobles caballeros persas con sus acorazados escuadrones, precedidos de treinta elefantes de guerra y rodeados de un ejército que parecía innumerable á los árabes y teniendo en su centro al *éranspáhpát* (generalísimo del reino) Rustan sobre precioso trono para contemplar las proezas de sus héroes, como las había contemplado en otro tiempo Jerjes en la orilla ática frente á Salamina; del otro lado, las huestes completas de los mas antiguos é íntimos compañeros del Profeta, entre los cuales había 99 que habían estado en Bedr, 310 en la jura de fidelidad de Hodeibiya y 300 en la toma de la Meca (2). Se hace resaltar especialmente la forma en que Sa'ad había organizado su ejército. Naturalmente no podía alterarse la division en tribus ni debía tampoco, porque la celosa competencia entre ellas era el incentivo especial de su valor; pero dentro de esta division se habían puesto cada diez hombres al mando de un jefe particular para contribuir á la ligereza de los movimientos tácticos. El general en jefe estaba imposibilitado por un desgraciado incidente de tomar parte en la lucha: una enfermedad de mal carácter le obligó á dictar sus órdenes postrado en un lecho sobre la muralla de Kodeis, pequeño fuerte situado en uno de los canales del Eufrates. Esto no fué muy del agrado de los árabes, que gustaban de ver á su general mezclado en el fragor de la lucha y lo habían esperado especialmente de Sa'ad, «hombre valiente y que no temía las flechas.» Acaso fué mas conveniente en esta ocasion que pudiera concentrar toda su atencion en la marcha de la batalla, que con tales masas de ejército (3) no era

(1) No está bien determinada la fecha exacta.

(2) Otra tradicion indica las cifras menores de 70, 120 y 120 respectivamente.

(3) El número de los combatientes de ambos lados se indica aquí mas confusamente que de costumbre. Precisamente las fuentes mas antiguas, y por lo general mas fidedignas, nos ofrecen en este caso cifras de todo punto inverosímiles, por ejemplo, 120,000 persas contra unos 10,000 árabes. Acaso esta última cifra se hace solo referir por error al número total, y es posible que no represente mas que un antiguo dato sobre el número de las tropas que el mismo Sa'ad había llevado consigo de Medina. Mas digna de crédito nos parece otra indicacion que calcula los árabes en 38,000 y los persas en 60,000, y por cierto que esta se encuentra en un autor posterior á quien por lo general debemos buenos datos, hasta de los tiempos mas antiguos. Un historiador armenio casi contemporáneo suyo fija el número de los persas en 80,000, y esto parece acercarse mas á la verdad.

muy fácil abarcar de una sola mirada estando en el terreno. Desgraciadamente tenemos datos muy incompletos sobre el curso del combate; sin embargo, de la masa heterogénea de las tradiciones se podrían naturalmente entresacar detalles suficientes con que formar un conjunto pasadero. Pero como ni siquiera puede determinarse si la batalla duró tres ó cuatro días, como sus comienzos están relatados en las mas antiguas fuentes en dos formas contradictorias y como en las diversas narraciones se ve manifiesto el esfuerzo para atribuir á este ó á aquel héroe el mérito del ataque decisivo (4), debemos prescindir de semejantes arbitrarias construcciones. Lo que en general parece fuera de duda es la desigualdad de condiciones en que empezó el combate, el cual, á pesar de toda la heroicidad de los árabes, no se decidió á su favor, y que la misma llegada de las tropas de Siria, al segundo ó tercer día, solo consiguió equilibrar. Vino despues una noche memorable en la cual, por el encuentro casual de fuerzas contrarias en medio de la oscuridad, se trabó un confuso combate en un extremo del campo de batalla, cuyo ruido causó profunda impresion en el ánimo de los que lo oyeron á lo lejos: «la noche del estruendo» se la llama aun hoy día. En los albores de la mañana la lucha se generaliza; levántase un fuerte viento tempestuoso que arroja nubes de arena á la cara de los persas, en el desesperado combate cae Rustan (5) y la victoria se decide en favor de los árabes.

Entre los gloriosos días que adornan la historia de la época heroica del Islam, es «el día de Kadesía» el mas venerado por los árabes. Para ellos es el día que decidió la victoria definitiva del Islam sobre el mundo de la incredulidad, el que, segun la prediccion del Profeta, entregó como presa á sus creyentes la casa blanca de los Cosroes. Por eso la tradicion ha coronado precisamente este día con guirnalda de leyendas mucho mas abundante y fastuosa que los de las batallas del mismo enviado de Dios. Si en estas fué por lo general la entumecida fantasía de teólogos ansiosos de maravillas la que prodigó fábulas insulsas ó reprodujo supersticiosamente las ponderativas invenciones de mentirosos hipócritas, en cambio nos encontramos de nuevo en medio de las leyendas heroicas de Kadesía acariciados por aquella fresca brisa matutina del aire vigoroso del desierto que ya nos comunicaron las alegres canciones mundanas y guerreras de los poetas preislamitas. Ya es el impetuoso Mogira Ibn Sho'oba, enviado antes de la batalla á Rustan con una mision que no tuvo resultado, el que con la arrogancia del árabe independiente y en medio del horror que esparcian los caballeros persas sube decididamente las gradas del trono para sentarse al lado del generalísimo del reino como si fuera su igual; ya es Asim Ibn Amr el que con sus temimitas se arroja sobre los terribles elefantes, mata á flechazos sus guías y corta las cinchas para que caigan las pequeñas torres con sus combatientes y se vuelvan los irritados animales contra su propio ejército; ya es El-Ka'aká, hijo de Amr, de la misma tribu Temim, héroe favorito de la leyenda posterior, el que al frente de la avanzada de las tropas de Siria llega en ayuda de los combatientes de Dios en el momento mas crítico y hace milagros de arrojo, mandando por su propia mano treinta persas; ya es Toleija, en otro tiempo malogrado profeta de los Benu Asad, el que

(4) Es muy característico que precisamente en la mas antigua forma de estas tradiciones no aparezca el nombre de aquel á quien despues se han atribuido casi unánimemente los hechos principales.

(5) «Y Dios mató á Rustan; se halló cubierto su cuerpo de heridas de tajo y de punta, sin que nadie pudiera decir quién le había muerto.» refiere nuestra mas antigua fuente. Como es natural, apareció luego multitud de gentes que lo habían hecho; posteriormente se desfiguró el fin del valiente guerrero con fábulas infantiles.

con un puñado de hombres penetra de noche en el campamento enemigo y mata, uno tras otro, á todos sus acometedores. Tambien es ensalzado Amr Ibn Ma'adikárib, el valiente merodeador del Yemen, el cual se precipita atrevidamente contra las filas de los jinetes persas y con poderoso brazo arrebató del caballo al primero que encuentra y grita: «¡Así lo hago yo, el padre de Tahir; hacedlo así vosotros!» Luego corta la trompa á un elefante y dice á los suyos: «¡Dirigid vuestros sables á las trompas; en la trompa se hiere al elefante!» Abu Mihschan, de la tribu Thakif, no era un muslim muy recomendable: mientras el ejército acampaba todavía frente á los persas bebió vino, y por ello fué azotado y encarcelado por el general, temeroso de Dios, como lo dispone el Profeta. Pero cuando empezó el combate, tanto suplicó á la esclava de confianza de Sa'ad (1) que ella le dió libertad y le dejó el propio caballo del enfermo caudillo, despues que le hubo jurado que volvería á su prision tan pronto como hubiese terminado la lucha. Corre entonces contra los persas, se abre camino entre ellos y mata al elefante blanco, el mas majestuoso de todos los del escuadron (2). Sa'ad divisó al atrevido jinete, y sacudiendo la cabeza, dijo: «¡Aquel es mi caballo, y, por las trazas, el jinete es Abu Mihschan!» Cuando hubo terminado la batalla regresó éste puntualmente para hacerse encadenar de nuevo; pero Sa'ad mandó en seguida que le quitaran los hierros, y le dijo: «Despues de lo que te he visto hacer, no volveré á mandarte azotar por lo del vino.» Como buen árabe, Abu Mihschan no hizo aguardar su contestacion: «Pues no volveré á beberlo mas,» fué la promesa del arrependido pecador.

La lucha había sido tenaz; las pérdidas de los musulimes ascendieron casi á la tercera parte de su ejército. Por esto Sa'ad no molestó al enemigo en su retirada, y concedió á sus tropas el tiempo necesario para reponerse. Despues fué ocupada Hira y se avanzó sin cesar, pasando el Eufrates. Dos veces mas hicieron frente los persas en Babilonia á los vencedores, ambas inútilmente, debiendo abandonar la tierra comprendida entre ambos rios. Mientras Ctesifonte continuaba todavía libre, procuraron reunir nuevas tropas del interior del reino; pero estos refuerzos llegaban con demasiada lentitud para poder confiar en una seria defensa de la capital. Siete ciudades (3), dicen los autores árabes, eran las que constituían en ambas orillas del Tigris la capital del reino, ó sea Ctesifonte y sus arrabales, edificados en parte sobre el sitio opuesto al que ocupaba la antigua Seleucia, que no formaban un conjunto uniforme. Tambien la otra parte de la ciudad que caía al Oeste del Tigris estaba fortificada, y solo despues de un cerco de algunos meses, durante el cual varias salidas de la guarnicion molestaron mucho á los musulimes, se vieron los persas obligados á abandonarla. Un día se la encontró desocupada; pero mientras los árabes estaban todavía detenidos en la orilla opuesta por falta de barcas, la corte abandonó la que había sido capital durante 300 años de la dominacion Sasanida y se refugió con el joven rey, que entonces tal vez no tenía mas de 13 años, en la plaza fuerte de Holwan, en la sierra Meda. Muy pronto se encontró un traidor dispuesto á indicar á Sa'ad un vado del Tigris, y aunque una crecida del rio lo había hecho casi impracticable, se arrojaron los temerarios jinetes de Hasim el temimita en la rápida corriente. Un peloton siguió al otro, y los poderosos caballos lograron vencer la

(1) O, segun otros, su esposa Selma.

(2) Al cual, como se comprende, muchos otros pretendieron haber matado.

(3) Por eso el nombre árabe *El-Madain* significa tambien «las ciudades.»

fuerza de las aguas y arrollar en la otra orilla á las avanzadas persas; entonces se consideraron perdidas las tropas que á las órdenes de Mihran todavía acampaban en la ciudad y buscaron á toda prisa su salvacion en la fuga. Ctesifonte yacía á los piés de los conquistadores árabes.

«La rica en tesoros, Ctesifonte,» la ha llamado el poeta, é increíble en verdad debió de parecer á los semi-bárbaros beduinos el monton de tesoros que fué presa de sus rapaces manos. Si bien pudo salvarse en su mayor parte el tesoro del Estado en moneda acuñada y trasladarse á Holwan, todas las preciosidades de la corona persa, la mas rica del mundo en aquella época, fueron halladas en el palacio real y constituyeron el botin del vencedor. En 900 millones de dirhems fué valuado en la reparticion oficial el importe de los efectos apresados, y con la boca abierta estaban los hijos del desierto ante las maravillas de una cultura refinada que se ofrecían á su vista, como la corona real, el manto del rey, el trono, innumerables armas preciosas, todo resplandeciente de oro y pedrería; los objetos raros mas notables, como un camello de plata de tamaño natural con su jinete de oro, un caballo de oro con piedras preciosas en lugar de dientes y ojos, pero sobre todo la tan famosa alfombra de gala del gran salon, en que el rey, sus grandes, sus esposas y sus concubinas acostumbraban á beber (Daniel, cap. 5, v. 3). Esta magnífica joya tenía 70 varas de larga por 60 de ancha y representaba un jardin con senderos de plata sobre fondo de oro, prados de esmeraldas, arroyos de perlas y flores y frutas de las mas variadas piedras preciosas. Todo esto otorgó Allah á sus creyentes, que tiempo hacia habían llegado á conocer que, además de la salvacion eterna, el provecho temporal seria tambien la recompensa del verdadero temor de Dios. Sin embargo, la altivez del árabe no permaneció insensible al atractivo mas noble de otro género de botin, esto es, las armaduras y las armas que habían pertenecido al gran Cosroes Anaschirwan, al tristemente célebre rey rival Bahram Schobin (4), al emperador bizantino, al Khakan (soberano) de los turcos del otro lado del Oxo, al rey de la tierra fronteriza de la India y al temido No'man V de Hira. Las espadas de Cosroes y de No'man, juntamente con la gran alfombra, fueron enviadas al califa. Este no acostumbraba á celebrar festines, y en todo Medina, exceptuando tal vez la mezquita, apenas se hubiera encontrado local bastante espacioso para extender la alfombra, de modo que Omar no sabia qué hacer con ella. El práctico Alí opinaba que no se poseía verdaderamente sino aquello de que se podía hacer uso; y por tanto, la alfombra fué cortada y repartida, y al propio Alí le tocó un pedazo que vendió posteriormente por 20,000 dirhems.

A estas preciosidades debían todavía añadirse todos los utensilios y telas que una civilizacion secular hace indispensables á una rica poblacion. Acerca de la gran ignorancia de que en muchos casos dieron prueba los hijos de aquel pueblo primitivo ante tantas magnificencias, á las cuales debían acostumbrarse demasiado pronto, poseemos gran número de anécdotas, de las cuales nos permitiremos citar alguna de las mas características. Un árabe encontró un saco de alcanfor, muy apreciado para medicamentos y perfumes y extraordinariamente caro en aquella época. Lo tomó por sal, y condimentó con él una sopa; encontrándole sabor desagradable, consideró aquella sustancia como inservible y creyó haber hecho un buen negocio cuando logró cambiarla á un *buen hombre* por una camisa vieja, prenda de que el árabe carecía en aquel momento. No era beduino menos legítimo el que por una piedra preciosa de raro valor

(4) S. Justi: *Historia de la antigua Persia*, de esta coleccion.

de que se había apoderado tomó mil dirhems de manos de un mercader; cuando despues le preguntaron por qué no había exigido mas, contestó cariacontecido: «¡Si hubiese yo sabido que había todavía una cifra mayor que mil (1), seguramente la habría exigido!» Pero semejantes depreciaciones se podían soportar muy bien, porque nada menos que 12,000 dirhems importaba la participación en el botín que tocó á cada uno de la venta oficial de los efectos apresados, y eso que desde la batalla de Kadesía había ascendido el contingente del ejército al número de 60,000 hombres.

Por lo demás, aquellos 60,000 hombres pronto encontraron otra cosa que hacer distinta de cobrar dinero. No en balde se había llevado la corte persa á Holwan el tesoro del Estado. No quería dar por perdida toda la partida con la pérdida de la capital, y así, se fueron reconcentando en la fortaleza y sus alrededores, en torno de los restos del ejército real, cuantas milicias se pudieron reclutar en las provincias. Poco á poco se atrevieron los persas á avanzar desde Holwan por el valle del río Deyala, que muy poco mas arriba de Ctesifonte se une al Tigris. Sa'ad envió á su encuentro á su sobrino Haschim con 12,000 hombres (2), y junto á Schalula, á unas 15 millas de la capital, se libró la batalla (fines del año 16 = fines de 637 ó principios de 638), que terminó tambien con la derrota de las tropas reales. Aunque la corte pudo considerarse todavía segura por algun tiempo en la fuerte Holwan, el territorio junto á la sierra meda permaneció desde entonces en indisputable posesión de los musulimes, y pronto se elevó como señal de su dominio en Madain la primera mezquita de la tierra conquistada.

Cierto que mas hácia el Sur tardó todavía en establecerse la tranquilidad. Aquí se extiende la llanura desde las desembocaduras del Eufrates bastante lejos hácia el Este hasta verse cerrada, primero por el terreno accidentado y luego, poco á poco, por montañas mas altas que forman los límites de Persis (Fars), territorio primitivo de la nacion. Chusistan, así se llama esta llanura, cerca del terreno accidentado, se resistió todavía mas de un año despues de la toma de Ctesifonte. El príncipe del país, Hormusan, era uno de los mas enérgicos magnates persas; despues de salvarse de la batalla de Kadesía, opuso en su provincia tenaz resistencia á los musulimes, que desde Basora querían penetrar en ella. Sometido ya una vez (16 = 637), se rebeló de nuevo en el año siguiente, dando lugar á que las guarniciones árabes abandonaran una tras otra sus fortalezas para perseguirlo y siendo hecho prisionero solo cuando estos consiguieron apoderarse por traición de la ciudad de Tuster (hoy Schuschter), en la cual había buscado su último refugio sin saber ya cómo salir de ella. Con su anterior deslealtad había incurrido en la pena de muerte, por lo que el general árabe Abu Muza el-Asch'ari solo le concedió la capitulación bajo reserva de que el mismo Omar decidiría de su suerte. Llegado que hubo á Medina fué presentado al califa. «¿No ves tú, Hormusan,—le dijo éste,—á lo que conduce el engaño y á lo que conduce el seguir la causa de Dios?» «Omar,—respondió el avisado persa,—mientras vosotros y nosotros vivíamos en el paganismo y Dios no se mezclaba entre nosotros, os hemos vencido; ahora que él está con vosotros, nos habeis vencido.» «¿Qué razon ó disculpa tienes tú

(1) En árabe, mil es la última cifra que tiene nombre propio; las mayores deben formarse por agregación, por ejemplo, un millon, igual á mil veces mil.

(2) Como los persas difícilmente se habrían arriesgado á atacar si su ejército no hubiese sido bastante numeroso, nos parece esta cifra muy pequeña.

para sublevarte una y otra vez?» «Temo que quieras hacerme matar antes que pueda decírtelo.» «No lo temas.» Entonces pidió Hormusan un trago de agua; pero cuando se lo ofrecieron en un vaso ordinario de madera, exclamó: «¡Aunque debiera morirme de sed no podría beber en eso!» Entonces le trajeron un vaso mas decente; pero vaciló de nuevo y dijo: «Temo que me maten mientras bebo.» «Nada tienes que temer mientras no lo hayas bebido.» Entonces Hormusan derramó el agua en el suelo; y como Omar, atribuyendo la acción á una consecuencia involuntaria del miedo, mandara que le trajeran otro vaso para no darle á la vez sed y temor de muerte, dijo Hormusan: «Ya no necesito el agua; solo la quería para asegurarme el perdón.» «¡Es que te mandaré matar!» «¡Es que me has perdonado!» «¡Mientes!» Omar estaba furioso por el engaño de que había sido víctima, y fué necesario el repetido testimonio de los circunstancias para hacerle comprender que, en verdad, su palabra estaba empeñada. Por fin se mostró dispuesto á cumplirla si Hormusan se convertía al Islam. A ello se convino éste de buen grado; el califa lo conservó junto á sí en Medina y no tuvo motivo alguno para arrepentirse de su indulgencia, pues el persa, con el conocimiento que tenía de su país, tuvo ocasion de darle mas de un buen consejo. Pero no debía gozar mucho tiempo de la vida que había recuperado; cuando en el año 23 (644) un cristiano persa asesinó á Omar, Hormusan, probablemente inocente, fué sospechoso de complicidad y muerto por el hijo de Omar (3).

Las peripecias de la guerra en el Chusistan, aunque mantuvieron todavía durante algun tiempo en actividad las armas del califa, no eran, sin embargo, de tal naturaleza que interrumpieran la pacífica ocupación á que había dedicado sus principales cuidados desde la toma de Ctesifonte: la organización de las nuevas grandes provincias que había ganado el Islam en Persia y en la Siria. Ya en el año 17 (638) se echan los fundamentos de la nueva ciudad que en adelante había de ser la capital de la Persia mahometana, ya que Madain, con su aun numerosa población persa, á pesar de que ya comenzaba á decrecer, no era á propósito para convertirse en lo que debía ser el centro de la nueva administración segun el plan de Omar, es decir, en un cuartel general árabe. Además, el prudente califa gustaba de conservar á sus generales y gobernadores lo mas cerca posible de su fuerte mano, y así, no le pareció muy conveniente tener los dos grandes ríos entre Medina y la sede de un gobierno provincial tan importante; y ya que el pueblo cristiano de Hira no era tampoco merecedor de semejante distinción, mandó echar los cimientos de una nueva ciudad fortificada entre este último lugar y el Eufrates, á la que se llamó Kufa. Allí, pues, estableció Sa'ad Ibn Abi Wakkas su cuartel general, rodeado de un gran ejército de reserva con el cual podían ser reforzadas, segun se necesitara, las tropas de los subgobernadores encargados de misiones guerreras en los varios distritos fronterizos. Basra quedó tambien subordinada á la nueva capital: cómo desde esta fué dirigida la gobernación del territorio persa, lo diremos en el capítulo siguiente al tratar de otros asuntos con los cuales tiene conexión.

No fué probablemente solo el deseo de poder dedicarse tranquilamente ante todo á ordenar los asuntos del Irak, lo que ocasionó la disposición de Omar de suspender interinamente el avance hácia el Este. Entre el Sawad y la Siria, que entretanto había sido igualmente conquistada, faltaba todavía en el año 17 (638) el pedazo de terreno que los ponía en

(3) He tomado esta relación casi literalmente del historiador árabe para facilitar al lector la comparación con la forma poética que le han dado Platen y Schwetschke en sus novelas: *Harmusan y Hormusan*.

comunicación, ó sea, el de la Mesopotamia septentrional entre Rakka y Mosul; solo cuando se logró esta conquista (año 20 = 641) y quedó asegurado por este medio el auxilio directo de las tropas que estaban en Persia desde la Siria en caso necesario, podía juzgarse conveniente ir mas adelante. Ciertamente esto lo imponía tambien imperiosamente la noticia de que el rey Isdegerdes, que había salido de Holwan en el año 19 (640) sin duda porque desde la caída del Chusistan no lo consideraría bastante seguro, hacia nuevos armamentos en el interior de la Persia propiamente dicha. No debía aguardarse á que hubiese traspasado con su ejército los desfiladeros de la montaña y cayera sobre el llano apenas apaciguado; así el propio califa dispuso entonces que dos tercios del ejército de Kufa, juntamente con las tropas de que se pudiese prescindir en Basora y las que estaban disponibles en la misma frontera, marcharan, á las órdenes de No'man, hijo de Mukarrin (1), al encuentro de los persas. Tambien nos encontramos desgraciadamente muy mal informados acerca de la marcha de esta empresa. Su fecha, que entre los mismos árabes fluctúa entre los años 19 y 21, parece haberse fijado recientemente en el último (642); pero es probable que ya antes se hubieran apoderado los musulimes de Holwan, que fácilmente capitularía despues de la fuga de Isdegerdes. De todos modos, al principio de la campaña los encontramos ya en posesión de Karmasin, situado todavía mas al Este, de modo que los pasos de la parte mas difícil de la sierra estaban ya en su poder. En Nihawend, al Sur de Hamadan (Ecbatana), chocaron con el enemigo, á las órdenes de Ferosan, antiguo y experimentado general. Los persas en esta ocasion estaban tambien en mayoría (probablemente unos 60,000 contra 40,000 musulimes), y durante bastante tiempo fué dudoso el resultado de la reñida batalla, que duró dos ó tres días. El mismo No'man pereció en ella, pero su lugarteniente, Hudheifa Ibn El-Yeman, designado de antemano por el mismo Omar, consiguió que la victoria acabase por inclinarse á su favor, segun dicen los árabes debido á una estratagema que le había aconsejado el astuto Toleija, y segun otros por la oportuna llegada de refuerzos.

Sea de ello lo que fuere, con el fin de la batalla quedó sellada la suerte de Persia. En cuanto había sido posible conseguir de los príncipes subordinados que engrosaran el ejército, se habían puesto de nuevo en línea de batalla en Nihawend todas las fuerzas del país. Tal vez un llamamiento general en las grandes provincias orientales, Kirman, Sedyestan y Corasan, habría podido producir aun numerosos contingentes; pero los sátrapas de aquellas comarcas, desde la caída de la dinastía de los Sasanidas, se habían declarado poco á poco casi independientes del gobierno de Ctesifonte; separados del teatro de la guerra hácia el Norte por las sierras intransitables á la orilla del mar Caspio, en el centro por el gran desierto de la Sal y hácia el Sur por el Persis, apenas todavía pisado por los árabes, no prevenían, en su ceguedad, el peligro que les amenazaba, al mismo tiempo que ningun sentimiento patriótico de solidaridad hácia las provincias occidentales les impulsaba á volar al auxilio de los compatriotas que allí peleaban por la existencia. Pocos años debían gozar de su imaginaria seguridad. Despues de la batalla de Nihawend no era ya posible la resistencia comun de las comarcas centrales persas. Las dispersas milicias no podían hacer mas que ocupar las plazas fuertes de la Media y de Persis y procurar sostenerse todo lo posible en los varios lugares. Ciertamente que en Media poco pudo durar la lucha, porque el ejército victorioso de los musulimes se extendió dema-

(1) Segun otros, hijo de un tal Amr, siendo Mukarrin el nombre del abuelo.

siado rápidamente por los distritos inmediatos. Ya en el año 22 (643) habían caído en poder de los conquistadores Rei (Teheran) y Kirmis, Kaswin y Sendschan, así como el territorio de Aderbidyan, que al Noroeste de este último conducía hácia la Armenia; en el 23 (644) Hamadan (Ecbatana), y en el mismo ó en el siguiente Kumm, Kaschan y la importante Ispahan. Esta última había sido, despues de la batalla, refugio de Isdegerdes, el cual entonces tuvo que huir de nuevo de los musulimes hácia Istahar (Persépolis), primitiva capital de los persas. Aquí la sitió Abu Muza en vano; aquella capital, como todo el Persis, sostuvo una verdadera lucha desesperada contra los invasores extranjeros. Siempre se volvían á rebelar los valles apenas sometidos de la comarca montañosa, áspera y en muchos puntos intransitable, y cuando la misma Istahar hubo capitulado en el año 28 (648-49) se negaron poco despues á la obediencia sus habitantes y la ciudad debió ser conquistada otra vez por la fuerza de las armas en el año 29 (649-50). En el interin, se había comenzado tambien la conquista de la orilla izquierda del mar Caspio. En las cuevas pedregosas de las escarpadas faldas de las montañas casi inaccesibles moraban vigorosos pueblos, los deilemitas y gentes del Tabaristan y Gorgan, que estaban decididos á vender cara la libertad que hasta allí habían gozado, en verdad, casi sin límites, bajo la soberanía persa. Desde el año 25 (646) peleaban con ellos los árabes, y ya antes de la caída de Istahar había ofrecido el ispehbed de Tabaristan un refugio al rey en su territorio. Por error fatal no aceptó Isdegerdes el ofrecimiento: le repugnaria sin duda ir á enterrarse ya en aquellas apartadas montañas, y no consideró imposible todavía conseguir auxilios de los sátrapas de las provincias orientales. Con los restos de su noble comitiva se abrió camino primero hácia Kirman, despues hácia el Sedyestan y por último hácia el Corasan, la antigua tierra fronteriza de Iram, cuyo príncipe gobernaba tambien los territorios que se extendían al otro lado del Oxo en tierra de turcos. En todas partes halló el fugitivo rey brillante acogida exterior, siempre que no exigiera como soberano obediencia y medios para continuar la guerra: si hacia esto se le despedía, como había sucedido mil años antes, en estas mismas comarcas, á su no menos desdichado predecesor Darío. Y hasta el fin debían cumplirse de igual manera los destinos de ambos. El desobediente vasallo del Corasan se negó como los demás á complacer á su legítimo soberano. Para librarse del importuno, que no tenía ya mas refugio que la tierra fronteriza del reino de sus padres, instigó al vecino príncipe turco contra su propio rey, y en los combates que se siguieron con este motivo en las cercanías de Merw, perdió Isdegerdes hasta el último de sus pocos servidores leales. El mismo huyó hácia Merw, pero la ciudad le cerró sus puertas. Un molinero que tenía su molino cerca del río Mirgat lo acogió allí; pero asesinos enviados por el traidor sátrapa descubrieron su escondite y le mataron (31 = 651-52) (2). Este fué el fin del último Sasanida, cuyos antecesores habían dominado durante 400 años desde el Oxo hasta mas allá del Eufrates: en plena juventud (probablemente no tenía mas de 28 años) terminó del modo mas miserable una vida que desde la tierna infancia no había sido mas que una cadena no interrumpida de desgracias. Pero no le ha olvidado por completo su pueblo: aun hoy la pequeña población de parsis de la India, descendientes de los fieles partidarios de la religion nacional de Zoroastro que huyendo del Islam se refugiaron allí por aquella época, cuenta su tiempo desde

(2) Sobre los pormenores del fin de Isdegerdes existen muy diversos relatos, de los cuales el mas probable es el que hemos reproducido en el texto.